

IN MEMORIAM

JOSE ADRIANO PEQUITO REBELLO

El 12 de enero de 1982 falleció Pequito Rebello, uno de los últimos supervivientes del *Integralismo lusitano*, aquel movimiento intelectual y político que llenó brillantísimas páginas de la historia de la Contrarrevolución.

Le conocí, hará unos veinte años, en casa de Eugenio Vegas en aquellas inolvidables tertulias doctrinales que se celebraban en el último aposento —y también el último reducto— de *Acción Española*. Y, ciertamente, no era casual el encuentro de la obra de Eugenio Vegas con la de Antonio Sardinha. Porque ambas respondían a los mismos principios y a las mismas lealtades. Y, curiosamente, podría escribirse una historia paralela de los dos movimientos.

Nacidos en abierta oposición a sendas repúblicas disgregadoras y sectarias, perseguidoras de la Iglesia y de las tradiciones patrias, en torno a dos hombres carismáticos, Vegas y Sardinha, se articuló un grupo político e intelectual que parecía destinado a cambiar los torcidos rumbos de las dos patrias hermanas. Ambas repúblicas fueron el caos. O, como escribieron los portugueses, una «balburdia sanguinolenta».

Acción Española y el *Integralismo* razonaron la resistencia y alentaron a las fuerzas sociales para que impidieran la disgregación de la patria. Y el ejército acabó con dos sistemas políticos que estaban acabando con España y Portugal. Y así, como eran gemelas las repúblicas, casi lo resultaron también los regímenes que las sucedieron. El *Estado nuevo* y el *Estado novo* se parecían hasta en el nombre. Y, en muchos de sus postulados, re-

cogían las ideas de *Acción Española* y el *Integralismo Lusitano*. Tengo para mí que en mucha mayor medida que lo que la parafernalia fascista aparentaba ocultar. Y muchos de los hombres de *Acción Española* y el *Integralismo* se integraron en la nueva situación en la que disfrutaron de cargos y honores.

España y Portugal conocieron entonces una etapa de orden y de desarrollo indudables. La Iglesia dejó de ser perseguida. Las leyes parecían inspirarse en muchos de los principios sustentados por los dos movimientos contrarrevolucionarios. Los obispos bendecían al nuevo régimen... Y, sin embargo, hubo destacadas personas —Pequito Rebello fue una de ellas—, que se opusieron a los nuevos sistemas. Creían que tras una fachada de apariencia tradicional había poco más que un personalismo y el vacío ideológico en el que pronto se moverían a sus anchas los fermentos disolventes que la mayoría creía destruidos para siempre.

No fueron, evidentemente, razones de provecho personal las que les movían. En la nueva situación hubieran alcanzado rangos que colmarían con mucho apétencias por otra parte no sentidas. Los antiguos amigos, embarcados en la nueva nave, les miraban con incomodidad y desvío. Los adversarios de siempre, embarcados no pocos de ellos también en la nueva nave aunque ahora disimulando sus verdaderas ideas, con desprecio. Y la multitud ignara, la que hoy derriba las estatuas que ayer erigió, con incompreensión y rabia.

Hasta que llegó el día en que aquella fachada se detruimbó estrepitosamente dejando ver que no había nada detrás. Y el «25 de abril» Pequito Rebello estaba donde siempre. Dispuesto a defender a Portugal con la voz y con la pluma. Y con la vida si preciso fuera. Los otros...

Quando le conocí, mis años mozos admiraron en él la gesta de Monsanto, donde vertió la sangre por sus ideas. Después comprendí que aquello fue sólo una anécdota sin apenas importancia. Hizo lo que tenía que hacer. Era un caballero portugués que creía en unos principios, que amaba unas lealtades y que esperaba en la resurrección. En la resurrección de la patria, porque

naciones como Portugal y España no pueden morir aunque los mortales no podamos saber en qué momento volverá a brillar la aurora. Y en la resurrección de los hombres que encontrarán un día, si han sabido servirle, un lugar distinguido a la diestra de Dios.

Su vida fueron noventa años de combate por el Portugal eterno, por el Portugal católico, por el Portugal de la tradición y de la gloria. Labrador, escritor y, sobre todo, soldado. En Flandes y en Monsanto, en la España nacional y en el Africa portuguesa. Bien comprendió que el combate por la civilización cristiana es universal y que no puede reñirse en el pequeño campo que se divisa desde el campanario de la aldea. La admirable sangre portuguesa, sangre de descubrimientos y conquistas de magnitud inverosímil si atendemos a la pequeñez —que no al ánimo— de los conquistadores, le empujó a un apostolado permanente de la contrarrevolución. Como había escrito en 1949, en *O meu testemunho*, para «gloria de Dios, servicio del Rey y bien de la República». Por ello investigó técnicas agrícolas con las que mejorar los campos de su patria, fundó el *Integralismo Lusitano*, que quiso devolver a Portugal, y cerca estuvo de conseguirlo, la conciencia de una nación grande y gloriosa y combatió a los enemigos de su Dios y de su patria, que son también los de España, dondequiera que los encontró.

El siervo bueno y fiel ha agotado ya su larga carrera en este mundo. Los ángeles de Portugal le habrán señalado el camino que conduce en derecho a la patria inmortal de sus mayores. Y allí le habrán recibido, como al viejo compañero de armas, el Infante don Enrique y el Rey don Sebastián. Y Camoens, Vasco de Gama, Paiva Couceiro, Antonio Sardinha... Y, sobre todos ellos, y sobre Portugal, habrá derramado su dulce mirada, su hermosa sonrisa, la Virgen portuguesa de los tres pastores, la Reina del cielo, de Fátima y de Portugal.

FRANCISCO J. FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA